



Mercy Acción global: Presencia en el Ministerio y Comunidad

Cecilie Kerns (Américas): 'Abrazar una cultura del encuentro'

En tiempos de dificultades, incertidumbre y miedo, dependemos de quienes nos rodean para la solidaridad, el apoyo, la orientación, la información y la empatía. A pesar del aislamiento físico y las barreras institucionales, la comunidad y el cuidado de nuestros prójimos son más importantes que nunca. Durante este tiempo de crisis mundial, y ante las desigualdades sistémicas y el sufrimiento desproporcionado de las comunidades marginadas, es evidente que cuando una persona es vulnerable, todos somos vulnerables. Por lo tanto, la comunidad y la solidaridad, expresadas al servicio de las personas, son vitales tanto a nivel mundial como local. La actual pandemia nos ha ofrecido una oportunidad no sólo para reflexionar, sino para actuar: para superar los muros que nos separan, para fomentar la comunidad y para servir a los demás. El amor por nuestro prójimo obliga no solo a un deseo de acciones en nombre de otros necesitados, sino que conduce a buscar la transformación de nuestra capacidad para abordar esas necesidades tanto individual como comunitariamente.

Estos mensajes son fundamentales para la reciente publicación de Acción Global de la Misericordia, [«Esperanza en tiempos de pandemia: Respuesta al COVID-19 a través de una lente de Misericordia»](#), así como la nueva encíclica del Papa Francisco, [Fratelli tutti](#). Ambos documentos surgieron de un proceso de escucha, reflexión teológica y análisis de escritos de expertos. Ambos ponen de relieve las desigualdades que persisten en nuestras sociedades, nos desafían a actuar contra sistemas económicos y políticos injustos que explotan a las personas y al planeta, y hacen hincapié en la importancia de la bondad y la solidaridad para superar estos desafíos a fin de garantizar que todas las personas puedan vivir con dignidad y ejercer sus derechos humanos universales. Ambos documentos también piden una mejor cooperación internacional, ya que «hoy o nos salvamos todos o no se salva nadie. La pobreza, la decadencia, los sufrimientos de un lugar de la tierra son un silencioso caldo de cultivo de problemas que finalmente afectarán a todo el planeta» (FT 137). Como miembros de una familia humana, tenemos la responsabilidad de cuidarnos unos a otros.

Para *Fratelli tutti* y «Esperanza en tiempos de pandemia» es fundamental la parábola del samaritano, que nos desafía a reflexionar sobre nuestra relación con los diferentes de nosotros y los que están sufriendo. El papa Francisco nos llama a reflexionar: «En efecto, nuestras múltiples máscaras, nuestras etiquetas y nuestros disfraces se caen: es la hora de la verdad. ¿Nos inclinaremos para tocar y curar las heridas de los otros?» (FT 70). La parábola nos llama a rechazar el aislamiento —en lugar de observar el sufrimiento de los demás desde nuestro lugar de consuelo y privilegio, debemos llegar activamente a los necesitados, incluso si son diferentes de nosotros, o excluidos por la sociedad. «La inclusión o la exclusión de la persona que sufre al costado del camino define todos los proyectos económicos, políticos, sociales y religiosos» (FT 69). ¿Cómo podemos nosotros, como personas de la Misericordia, incluir, integrar y elevar a aquellos que han caído o están sufriendo en nuestros ministerios?

En «Esperanza en tiempos de pandemia», el Mundo de la Misericordia ha revelado una “pandemia de bondad” demostrando la capacidad humana para la transformación y convocando grandes actos de resistencia, bondad y creatividad. Hemos presenciado y escuchado relatos de increíbles actos de bondad en todo el Mundo de la Misericordia y más allá, incluida la prestación de servicios esenciales y asistencia a las personas necesitadas, así como la prestación de apoyo emocional y espiritual unos a otros. Si bien la pandemia ha sido devastadora para la salud y ha perturbado muchos aspectos de nuestras vidas, ha provocado un redescubrimiento de la importancia de las relaciones y comunidad. Hay una mayor conciencia sobre el valor de conectar y cuidar a los demás.

En *Fratelli tutti*, el Papa Francisco también hace referencia a la importancia de la bondad, comparándola con una estrella «en medio de la oscuridad» que «es una liberación de la crueldad...de la ansiedad... de la urgencia distraída» que prevalece en la era contemporánea (FT 222, 224). El capítulo sobre «Diálogo y amistad en la sociedad» enfatiza aún más una «cultura del encuentro» con todos, incluso con las periferias del mundo, porque «de todos se puede aprender algo, nadie es inservible, nadie es prescindible» (FT 215). La cultura del encuentro requiere que pongamos a la persona humana y el respeto por el bien común en el centro de toda actividad política, social y económica.

Entrar en una cultura del encuentro no es un proceso fácil, pero la llamada del Papa a derribar muros resuena con nuestro trabajo diario para construir puentes de diálogo y acompañamiento y encontrar una humanidad común entre las personas. En un mundo plagado de pobreza, racismo, sexismo, xenofobia y otras formas de marginación sistémica, los ministerios de la Misericordia ejemplifican una cultura del encuentro que enfatiza la dignidad y los derechos de todas las personas, y trabaja para reducir las desigualdades sociales, económicas y políticas. En el espíritu de Catalina McAuley, estamos llamados a celebrar los valores de nuestra intrínseca interdependencia, compasión, bondad, justicia y equidad y a utilizar este tiempo para centrarnos en la nueva creación y en un nuevo orden.

Estar verdaderamente presentes los unos a los otros, y estar abiertos a un encuentro mutuo con el otro que viene como un extraño, es un acto profético en el contexto divisivo de hoy. El verdadero diálogo, en efecto, es lo que permite respetar el punto de vista de los demás, sus intereses legítimos y, sobre todo, la verdad de la dignidad humana. Este enfoque es vital para garantizar que las personas tengan la agencia para participar de manera significativa en sus comunidades. Estamos llamados a la acción y a una solidaridad más profunda, que es «pensar y actuar en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. También es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, de tierra y de vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales» (FT 116). Durante estos tiempos difíciles, y mientras buscamos el cambio transformador que nos permita reconstruir de una manera más justa, equitativa y resiliente, la solidaridad y un compromiso más profundo con la comunidad pueden ayudarnos a restaurar la esperanza y lograr la renovación.